



Cuadernos de Geografía - Revista Colombiana
de Geografía

ISSN: 0121-215X

rcgeogra_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia
Colombia

Pyszczek, Oscar Luis

Los espacios subjetivos del miedo: construcción de la estigmatización espacial en relación con la
inseguridad delictiva urbana

Cuadernos de Geografía - Revista Colombiana de Geografía, vol. 21, núm. 1, enero-junio, 2012, pp.
41-54

Universidad Nacional de Colombia
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=281822849004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los espacios subjetivos del miedo: construcción de la estigmatización espacial en relación con la inseguridad delictiva urbana

Os espaços subjetivos do medo: construção da estigmatização espacial em relação à insegurança delitiva urbana

The Subjective Spaces of Fear: Construction of the Spatial Stigmatization with Respect to Urban Criminal Insecurity

Oscar Luis Pyszczek*

Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), Resistencia (Chaco), Argentina

Resumen

El temor al delito es parte constitutiva de las incertidumbres de las sociedades contemporáneas. Estas incertidumbres se consolidan y expresan en la experiencia diaria de los ciudadanos y en el intercambio simbólico-perceptivo del espacio. El objetivo del artículo consiste en realizar una aproximación al campo de estudio de los espacios subjetivos y, específicamente, a la estigmatización espacial, mediante el análisis de la dimensión espacial de la percepción de inseguridad delictiva a nivel barrial en la ciudad de Resistencia, capital de la provincia del Chaco en Argentina, tomada como sujeto de estudio.

Palabras clave: dimensión espacial de la inseguridad, espacios subjetivos, estigmatización espacial, inseguridad delictiva urbana, topofobia.

Resumo

O temor ao delito é parte constitutiva das incertezas das sociedades contemporâneas. Essas incertezas se consolidam e expressam na experiência diária dos cidadãos e no intercâmbio simbólico-perceptivo do espaço. O objetivo deste artigo consiste em realizar uma aproximação ao campo de estudo dos espaços subjetivos e, especificamente, à estigmatização espacial, mediante a análise da dimensão espacial da percepção de insegurança delitiva nos bairros da cidade de Resistencia, capital do estado do Chaco, na Argentina, tomada como sujeito de estudo.

Palavras-chave: dimensão espacial da insegurança, espaços subjetivos, estigmatização espacial, insegurança delitiva urbana, topofobia.

Abstract

Fright to crime is one of the constitutive elements of uncertainty in contemporary societies. This uncertainty is consolidated and expressed in the daily experience of citizens and in the symbolic-perceptual exchange of space. The objective of the paper is to examine the subjective spaces, and, specifically, the spatial stigmatization, analyzed through the spatial dimension of the perception of criminal insecurity at the neighborhood level. The study is carried out in the city of Resistencia, capital of the Chaco province, Argentina.

Keywords: spatial dimension of insecurity, subjective spaces, spatial stigmatization, urban criminal insecurity, topophobia.

RECIBIDO: 1 DE SEPTIEMBRE DEL 2011. ACEPTADO: 9 DE FEBRERO DEL 2012.

Artículo de investigación referido a la conformación y construcción del espacio urbano “inseguro” a través de los flujos simbólico-perceptivos generados en la órbita social; sus implicancias, connotaciones y consecuencias en relación con la inseguridad delictiva.

* Dirección postal: Instituto de Investigaciones Geo-históricas-CONICET-UNNE, Av. Castelli 930. Resistencia, Argentina.
Correo electrónico: luis_unne2@hotmail.com

Introducción

Las sociedades contemporáneas presentan rasgos y características que las diferencian notoriamente de su pasado cercano. El progreso tecnológico, el avance de la integración mundial (globalización), el desarrollo de la diplomacia, cuyo máximo exponente lo constituye la creación de la Organización de las Naciones Unidas —en adelante, ONU—, entre muchos ejemplos, llevaban a pensar en una sociedad mundial mucho más libre, tanto para expresar como para plantear racionalmente sus problemas.

Sin embargo, la realidad es diferente a la imaginada: el aumento de los miedos y ansiedades prosperan ante un mundo que se muestra atónito ante las guerras narcos, la lucha contra el terrorismo, contra las guerrillas, y —como si fuera poco— las angustias económicas que a diario sufren los diversos estados, tanto los del mundo desarrollado como los del subdesarrollo. Es así como “las incertidumbres globales son también locales, y en cierto modo estándares” (Bauman 2007, 130).

Este contexto cuasi caótico que se esgrime ante nuestros ojos es, al parecer, entre otros, resultado de una transición hacia una nueva era en la que las incertidumbres están potencializadas por el increíble desarrollo de los medios de comunicación, donde los miedos se encuentran al acecho en todos lados y en todo momento, una verdadera “era del riesgo”, según Beck (1998).

El temor al delito, entonces, parece surgir como parte significativa del conjunto de incertidumbres contemporáneas. La globalización del crimen se ha instalado en todos los rincones del orbe, y referirse hoy al problema de seguridad ciudadana es hablar de un indicador que, según la ONU, permite visualizar la calidad de vida de las personas y de sus comunidades (Kessler 2006, 69). Reflexionar en este sentido es transitar sobre un campo sumamente amplio, en el cual resulta de vital importancia acotar el interés para lograr la consecución de fines, aunque, sin embargo, se torna difícil su desarticulación del contexto general, dado que presenta un *feed back* constante de la realidad inmediata y vivenciada.

El temor ciudadano a ser víctima de algún hecho delictual pertenece a un plano sustancialmente diferente al del delito efectivo y consumado, aunque están íntimamente ligados. La literatura específica plantea dos facetas de la seguridad ciudadana concernientes al delito: “primeramente la ocurrencia efectiva de hechos delictivos y luego el miedo a ser víctimas de

alguno de ellos” (Segura 2009, 64). Ambas facetas se retroalimentan mutuamente y de forma permanente, no obstante presentan un funcionamiento autónomo e independiente. Los delitos consumados no tienen otro valor más que el estadístico, pues consisten en largas series de registros policiales referidos a robos, hurtos, tentativas de robo y tentativas de hurto, entre los más comunes. El descenso de la cantidad de hechos registrados constituye un estandarte generalmente utilizado con fines políticos; no obstante, el descenso de los índices estadísticos no necesariamente implica una disminución de la inseguridad divisada por los ciudadanos. En la urbe, el miedo plantea a sus residentes dilemas de difícil solución, pues genera prácticas que la socavan y “motiva formas de participación ciudadana cuando menos ambivalentes, transforma a los iguales en otros, a quienes, según la intensidad, se les teme, se los mantiene a distancia, se los evita, se los expulsa” (Segura 2009, 62).

Ambas facetas del fenómeno parecen fundirse en las denominadas ‘encuestas de victimización’, las cuales contienen elementos objetivos y subjetivos de la problemática, que se han popularizado en los últimos tiempos en el mundo occidental (Rodríguez y Arriagada 2004).

Aunque la objetividad y el rigor aparente de la cartografía en función de las series estadísticas parecen inmutables y evocadoras de la realidad pura, no siempre son portadoras de la interpretación real de la seguridad. Un ejemplo palpable lo constituye la distribución de las tasas de hurtos, tentativas de hurto, robos y tentativas de robo¹ elaboradas por la Dirección de Seguridad Metropolitana de la ciudad de Resistencia, en el norte argentino (cuyo caso será analizado a posteriori), organismo oficial encargado de la distribución de recursos materiales y humanos entre las comisarías de la ciudad. El mecanismo utilizado para distribuir los recursos se basa en los índices delictivos más elevados dentro del perímetro urbano; se reparten de manera tal que se destinan mayores recursos y esfuerzos en la lucha contra el delito en torno al casco

1 Se considera que hay *hurto* cuando existe un apoderamiento ilegítimo de una cosa mueble, total o parcialmente ajena. Mientras que el *robo* califica como tal cuando existe una apropiación ilegítima de una cosa mueble, total o parcialmente ajena, mediante la utilización de la fuerza, en las cosas, o de violencia física, en las personas, bien sea que la violencia tenga lugar antes del robo, para facilitararlo, en el acto de cometerlo o después de cometido, para procurar su impunidad.

céntrico, mientras que en el inconsciente ciudadano prevalece una fuerte conciencia de que determinados barrios del sudoeste y noroeste de la ciudad muestran carencias visibles en esta materia².

Aludir al miedo delictivo y a su faceta más directa, la inseguridad, conforma una experiencia subjetiva e individual (Segura 2009, 65). De allí que sea experimentada de forma diferente según la constitución emocional de los individuos y que permanezca sesgada por variables relacionadas con el género y la edad, y, en instancias más complejas, que esté apoyada por cierto consenso colectivo, que, según la propuesta de Susana Rotker, genera una “ciudadanía del miedo”, entendida como “la nueva subjetividad, la nueva forma de relación comunitaria” (2000, 23). Ese temor adquiere forma corpórea en el espacio urbano. Sumado a lo dicho, muchos analistas subrayan la presencia de una mayor “sensibilidad social a los temas de inseguridad e inflación de los riesgos por parte de los nuevos habitantes globales” (Giddens 1993, 42), o bien de una “angustia cultural debido a las múltiples transformaciones que se dieron en la vida social en las últimas décadas” (Martín-Barbero 2000, 48).

En este sentido, las palabras de Rossana Reguillo Cruz condensan atinadamente los rasgos característicos del proceso de generación de la inseguridad contemporánea debido a que “los miedos son individualmente experimentados, socialmente construidos y culturalmente compartidos” (2006, 32).

Resulta interesante este planteamiento en dos sentidos: en primer lugar, sugiere el carácter colectivo de la construcción de los miedos, y, en segundo lugar, refiere a la delimitación, acotación y reclusión de los miedos en un sector determinado de la urbe, lo que dio paso a una entidad que se popularizó en los últimos tiempos en el campo de la geografía: la de “los imaginarios urbanos” (Lindón 2002, 25) y su incidencia en la conformación de espacios seguros y peligrosos, los cuales para determinados autores resultan “necesarios a fin de amortiguar el pánico y la ansiedad ciudadana” (Naredo 1998, 3).

La cantidad e intensidad del temor percibido y experimentado por los ciudadanos, así como también el hecho de que los límites entre lo “seguro” y lo “inseguro” en la ciudad se han desdibujado, acompañan el devenir cotidiano de las urbes y constituye un termómetro directo de la realidad social construida.

2 Datos obtenidos de las entrevistas realizadas a dicho organismo en el 2010 y cotejadas con las encuestas realizadas a los ciudadanos en el mismo año.

Dimensión espacial de la inseguridad: de las sensaciones a la estigmatización del espacio

El abordaje de la inseguridad delictiva como problemática social necesariamente requiere para su análisis e interpretación conceptos provenientes del campo de la sociología y de la psicología social que, mediante inferencias analógicas, permitan su tratamiento. Esta situación surge por el hecho de que ambas disciplinas no solamente fueron las pioneras en examinar (junto con la criminalística, que toma conceptos de las dos primeras) este fenómeno, sino que además han elaborado un corpus teórico de conceptos que, si bien generales, son transferibles y aplicables a diversos procesos; incluso se han generado corrientes teóricas destinadas a explicar dichas situaciones, tal es el caso de la sociología de la desviación.

La apropiación simbólica-espacial de lo urbano —entendida como el proceso por el cual el espacio material es dotado de significados y significancias para el colectivo residente— confluye en el cartografiado espacial no tradicional, “un plano de la ciudad con espacios diferenciados por su grado de evocación” (Reguillo Cruz 2006, 15). En términos de Gabriel Kessler, estamos ante la presencia de “una cultura local de la inseguridad”, es decir, ante el establecimiento de un consenso compartido por los habitantes de la ciudad

[...] que comprende un nivel de aceptación y de naturalización de ciertos niveles de inseguridad objetiva, concernientes a ciertos delitos (pero no a otros), que promueve ciertas acciones para controlar el sentimiento de inseguridad (desde restricciones de movimientos hasta la adopción de dispositivos como rejas y alarmas) y está conformada por narrativas locales descriptivas, atribuidas a personas y explicativas del delito (de sus causas y soluciones) y, de este modo se articula con demandas políticas. (Kessler 2006, 14)

En otro orden de ideas, “los miedos no solo son un modo de hablar del mundo sino también una forma de estar en él, de vivir en la ciudad y de relacionarse con las demás personas” (Segura 2009, 66). Es por ello que el fin de delinear una representación de la ciudad es abstraer determinados matices que existen en el espacio urbano, bajo la óptica de la edad, el género, la clase social, el lugar de residencia y las posiciones ideológicas, para que, de este modo, sea posible experimentar un control espacial, sentir que los causantes del miedo

se encuentran recludos en un determinado lugar de la ciudad, al cual se debe evitar, cercar, excluir.

De esta manera emerge una categoría subyacente hasta el momento, la simbolización y representación espacial: “La simbolización del espacio es un proceso que remite al establecimiento de límites, fronteras y umbrales, proceso íntimamente ligado a la identidad y a la diferencia, a la relación del sí mismo/nosotros con los otros” (Augé 1995, 40).

La simbolización del espacio como resultado de un proceso no deja de ser sumamente complejo y, en muchos casos, contradictorio, e implica un largo recorrido, en el que los aspectos más básicos y cotidianos —como son las sensaciones recibidas por los sentidos— cobran significado y complejidad, para luego regular la interacción de los individuos con el espacio en el cual residen.

La complejización de lo subjetivo en el caso de la inseguridad delictiva en relación al espacio geográfico cumple una serie de fases que, recurriendo a ideas vertidas por Goffman, son sintetizables (con un importante grado de generalización) mediante un esquema con instancias (a priori) consecutivas, las cuales se ordenan en orden jerárquico (figura 1).

La secuencia supone que para el ascenso a una fase inmediatamente superior es necesario previamente transitar la instancia inmediatamente inferior; no obstante, la realidad emerge mucho más compleja y multidireccional, y, a su vez, es posible identificar procesos de involución de representaciones (procesos de deconstrucción de imaginarios), por lo que el movimiento puede ser inverso.

La instancia más básica en el proceso es la de las *sensaciones*, las cuales remiten indefectiblemente al campo de las experiencias directas e indirectas que individualmente presentan los ciudadanos en contacto con el espacio urbano. Se refiere a experiencias inmediatas básicas, generadas por estímulos simples. La sensación también puede ser definida en términos de la respuesta del organismo frente a un estímulo, por tanto cobran singular importancia los órganos de los sentidos, que constituyen los sensores receptivos de la información directa del medio, y cuya agudeza marcaría diferencias notorias. La información recibida del medio exterior es tamizada y seleccionada por las estructuras cognitivas del individuo. La característica fundamental de la instancia de las sensaciones espaciales radica en el aspecto difuso.

En una instancia superior, esas sensaciones difusas van afirmándose y se tornan más claras debido a la aso-

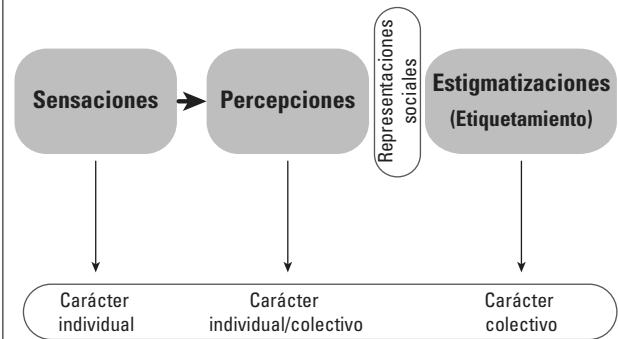


Figura 1. Instancias de apropiación inmaterial/simbólica del espacio geográfico. Datos: Goffman 1963.

ciación y enlace de las mismas, lo que abre paso a la instancia de las *percepciones*. Se acepta generalmente que la sensación precede a la percepción, y que esta es una diferencia funcional sencilla, pues en el proceso sensible se capta un estímulo —sensación—, luego la información es analizada y comparada, transformándose en una estructura cognitiva que actuará como guía del comportamiento individual en el espacio.

La instancia de las percepciones incluye entonces la conformación de estructuras cognitivas, otorgándole significado y orden a la vivencia del espacio. La organización, interpretación, análisis e integración de los estímulos implica la actividad no solo de nuestros órganos sensoriales, sino también de nuestro cerebro y de la capacidad de interrelacionar la información obtenida. Aunque el estímulo y la sensación son constantes, las percepciones pueden ser distintas para cada persona. Del mismo modo, las percepciones pueden desarrollarse simultáneamente a nivel individual o a nivel colectivo.

La instancia de las percepciones se ubica previamente a las de las representaciones sociales, las cuales tienen su génesis a través del consenso intersubjetivo de los atributos que caracterizarán un espacio. Estos atributos comienzan a ser socialmente aceptados y generalizados en determinados sitios, haciéndose extensivos también a sus residentes. Por ejemplo, la existencia de la zona norte de Buenos Aires representa para los ciudadanos un sector elegante de la ciudad, que implica residentes económicamente solventes; pero, el sector que se inicia cruzando la avenida Soberanía Nacional de la ciudad de Resistencia constituye núcleos urbanos empobrecidos, de viviendas precarias, sumamente peligroso.

Las percepciones de carácter individual y colectivas formadas en la instancia anterior se funden en estructuras más generales denominadas *representaciones*. Cuando dichas representaciones sociales se perpetúan en el tiempo y en el espacio adquieren una “identidad” inherente, reconocida entre los ciudadanos y asignada a los espacios y a sus residentes; es así como se configuran los mencionados imaginarios urbanos. Al referirnos específicamente a los espacios inseguros, dichos imaginarios se denominan *estigmas espaciales*. El motivo por el cual reciben ese nombre radica en el hecho de que son espacios que denotan una degradación en su identidad, conformada por las representaciones sociales. Esta imagen degradada y negativa, que al ser aludida inspira temor, diferencia a los espacios inseguros de otros imaginarios.

La estigmatización de los espacios en relación con la inseguridad delictiva urbana

La palabra *estigma* era utilizada en la antigüedad y aludía “a la marca con fuego realizada a personas que presentaban algún rasgo distintivo de anormalidad, deformidad o enfermedad” (Goffman 1963, 12).

Si bien en la actualidad los estigmas aparecen de manera diferente, cabe su analogía en la apropiación espacial inmaterial, en la que existen ciertos sectores urbanos estigmatizados, generadores de peligro que, verdadero o no, lo llevan asociado. Salvo excepciones, la ciudad no es significada como peligrosa en su totalidad: “La ciudad es segmentada y se señalan las zonas peligrosas, se construye la cartografía del miedo y se despliegan manuales de sobrevivencia urbana a base de las mismas” (Segura 2009, 67). Por lo general existe un consenso en cuanto al carácter de las zonas estigmatizadas, caracterizadas como áreas periféricas en donde predominan las villas (también llamados chabolas, barrios carenciados, etc.). En la base de los estigmas no existe una interpretación real y objetiva de los hechos, pues el estigma activa un proceso generalizante que cubre como un manto a todos los sectores. La mayoría de las personas no tiene un conocimiento fehaciente de los sitios catalogados como peligrosos pues directamente evitan circular por los mismos: “[...] se teme a lo desconocido, se teme a lo estigmatizado, y estos dos temores se conjugan a la hora de identificar tales lugares como peligrosos” (Segura 2009, 67). La estigmatización del es-

pacio conlleva la estigmatización de sus residentes. Por lo tanto, residentes y lugar de residencia cargan con la misma catalogación.

Dentro de la instancia de *estigmatización* es posible identificar un complejo de etapas que conforman un proceso inherente de retroalimentación. Este deviene del campo de la psicología social, fue realizado para personas con enfermedades (López, Laviana et ál. 2008, 48), pero fácilmente puede ser extrapolable al orden espacial:

1. Etiquetado: la distinción e identificación de una determinada diferencia o marca que afecta a un grupo de personas —en nuestro caso, lo relativo a la identificación y etiquetado de los espacios “malos”— arroja opiniones, prejuicios y sentimientos personales, independientemente de la realidad de los espacios etiquetados.
2. Estereotipos³: a los espacios etiquetados se les asocian características comunes, en función de creencias culturales prevalentes (características precarias de infraestructura, violencia, peligrosidad, circulación de drogas, etc.).
3. Distancia o separación: la consideración de las personas residentes y de los mismos espacios estigmatizados como un grupo diferente y aparte: “ellos” frente a “nosotros”.
4. Prejuicios: consiste en la elaboración de un juicio u opinión, referido a una persona o situación, de modo anticipado. Es una actitud que implica una forma de pensar íntimamente relacionada con comportamientos de discriminación” (Enciclopedia libre agosto 2011).
5. Discriminación: exclusión o segregación de personas o espacios, que se efectúa a nivel social, político y cultural, entre otros.

De este modo, los procesos de apropiación inmaterial permitirán emplazar lugares en la ciudad: lugares seguros, inseguros y neutros, según los describe Reguillo Cruz (2006), delineando de modo expreso los mapas subjetivos de inseguridad delictiva urbana.

Algunos aportes interesantes al respecto los brinda Alberto del Campo Tejedor (2003), quien en sus trabajos referidos a la construcción de imágenes de barrios periféricos en la ciudad de Sevilla (España) hace una crónica del surgimiento de los mismos partiendo de

3 “El concepto de estereotipo hace referencia a la imagen mental simplificada y con pocos detalles acerca de un grupo de gente que comparte ciertas cualidades características. Suele utilizarse con un sentido negativo o peyorativo, considerándose que los estereotipos son creencias ilógicas que se pueden cambiar a través de la educación” (Asignación estatal 2010).

la premisa de que en cada momento histórico las sociedades se dotan de una serie de normas y prácticas sociales dominantes que regulan los más variados aspectos de la cotidianidad. El conjunto de estos rasgos socioculturales (que define el estado normalizado de la ciudadanía) es interiorizado y recreado por los miembros de la sociedad, que lo incorporan a su *modus vivendi* cotidiano.

Estas pautas son de carácter normativo y preceptivo, densamente interrelacionadas y a su vez establecidas por juegos de poderes e influencias mutuas —según se interpreta—, actúan como tamiz para la conducta individual de las personas, en quienes tomarán viva vigencia las pautas normalizadoras consensuadas.

Es en este punto —y de acuerdo al autor— en donde actúa el proceso de estigmatización, quedando marginados aquellos que, ya sea por su falta de incorporación al sistema, por dificultades de endoculturación y por asimilar y/o plantear pautas de valores y acciones sociales diferentes a las del grupo mayor, no pueden, o no se les permite, participar de un determinado tipo de actividades del grupo social, quedando en la condición de marginados. Por lo tanto,

La imposibilidad de participar en la cotidianidad integradora o normalizada no siempre es el resultado directo de carencias económicas y materiales, sino que representa a veces el estado final de un proceso de alejamiento físico y mental entre los grupos hegemónicos normalizados y aquellos que portan un estigma que los etiqueta como problemáticos, marginales, inadaptados, excluidos hasta el punto de constituir su principal referente identitario. (Del Campo Tejedor 2003, 804)

La estigmatización supone un proceso que actúa paralelamente: “el ‘etiquetamiento’ (*labelling* en vocablo inglés), que afecta de igual modo a los individuos residentes como a los espacios de residencias” (Sanz 2006, 37). Las características o rasgos predominantes, sean verdaderos o no, elaborarán y conferirán “etiquetas” conformes a las valoraciones del proceso de estigmatización. Los distintos elementos que se imbrican en cada contexto se basan en factores históricos, geográficos, demográficos, infraestructurales, laborales, sociales, económicos y culturales, y son rastreables en comportamientos, actitudes y valores concretos.

Finalmente, y de acuerdo a las ideas elaboradas por Del Campo Tejedor (2003, 49), el conjunto de estas interacciones entre desviados y no desviados, entre marginales y normales, excluidos e integrados constru-

ye el estigma a través del cual estos colectivos periféricos son percibidos como anómalos (estigmatización primaria), a la vez que esos mismos grupos aceptan o rechazan esta etiqueta (estigmatización secundaria):

El estigma pues no es sino el resultado de estos procesos de identificación e interacción de producción de significados en virtud de los cuales una interpretación sobre la realidad es construida, reproducida y asumida tanto por los agentes externos como por los propios sujetos estigmatizados. (Del Campo Tejedor 2003, 54)

Por lo tanto, para indagar acerca de las percepciones, representaciones y la vivencia espacial de la inseguridad urbana, y para determinar la dinámica existente entre espacios inseguros y la verificación de la estigmatización de los mismos es necesario adentrarse en el campo de las intencionalidades y de los significados de las acciones a efecto de ir más allá de lo manifiesto, de lo que se presenta como verificable a los sentidos.

Espacios estigmatizados por la inseguridad delictiva urbana: el caso de la ciudad de Resistencia (Chaco), Argentina

A efectos de aplicar los conceptos revisados, de modo geográfico y en un marco espacial concreto, se abordará a continuación la investigación llevada a cabo en la ciudad de Resistencia, en el sector norte de la República Argentina. Este trabajo consistió fundamentalmente en la detección de espacios asociados, de manera estigmática, con la inseguridad delictiva, por parte de un agente social en particular: la ciudadanía.

El objetivo fundamental ha sido establecer a escala barrial una jerarquía de espacios peligrosos, e indagar cerca de los elementos generales que son causantes de la conformación de dichas unidades estigmatizadas. El barrio fue mencionado por muchos como un ámbito que brinda seguridad: “porción conocida del espacio urbano, en la que, más o menos, se sabe reconocido” (Mayol 1999, 8). Este es construido a partir de las prácticas llevadas a cabo en el mismo, como espacio de seguridad, de allí su interés para la investigación.

La metodología empleada fue establecida en función de las características particulares que presentaba el medio urbano e implicó la elaboración e implementación de encuestas de percepción de la inseguridad a partir de técnicas de muestreo, las cuales fueron pensadas para que abarcaran segmentos de población

heterogéneos desde el punto de vista social, etario y de género. Los lugares en donde se llevaron a cabo las encuestas fueron especialmente sitios públicos, tales como escuelas para adultos, la salida de los bancos, universidades y plazas públicas, entre otros.

Las encuestas, a su vez, fueron acompañadas por recorridos urbanos sistemáticos con el objetivo de constatar la infraestructura predominante en las viviendas (tipo, material empleado en la construcción), así como también los mecanismos de defensa que presentan las mismas (rejas, alarmas, iluminación exterior).

El objeto de este relevamiento era que, una vez concluido, y conocidos los resultados de las encuestas de percepción, pudieran ser contrastados de manera tal que, además de visualizar los sitios más estigmatizados, se compararan con los elementos determinantes de la percepción de inseguridad que, junto con las características inherentes al sitio de Resistencia, brindarían una síntesis general de las causas de la imagen espacial degradada. Los resultados del relevamiento están aún en proceso de elaboración cartográfica.

Lo que se desarrollará a continuación es una revisión del sitio geográfico de la ciudad de Resistencia, la descripción y análisis de la distribución espacial de espacios considerados peligrosos por parte de los habitantes y un breve análisis del entramado de la estigmatización en un barrio considerado “muy peligroso”, destacando sus elementos determinantes.

Área de estudio: ciudad de Resistencia

La ciudad de Resistencia, ubicada en el norte de la República Argentina, es capital de la provincia de Chaco; con una población de 274.490 habitantes (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos - INDEC 2001) se ha convertido en una ciudad intermedia argentina. Esta ciudad constituye el caso de estudio (figura 2). “Se trata de una ciudad cuyo sitio geográfico se halla en el lecho de inundación extraordinario del río Paraná, con tendencias de crecimiento urbano hacia el sector oeste y el norte” (Muscar Benasayag y Franchini 1992, 48).

Es la ciudad del noreste argentino con más proyecciones de convertirse en “metrópolis regional”, y presenta un aglomerado urbano conformado por la ciudad de Resistencia y tres localidades que —si bien tienen una historia y economía propias— giran en torno a ella. Estas ciudades son: Barranqueras, Fontana y Puerto Vilelas. Cada ciudad cuenta con un municipio,

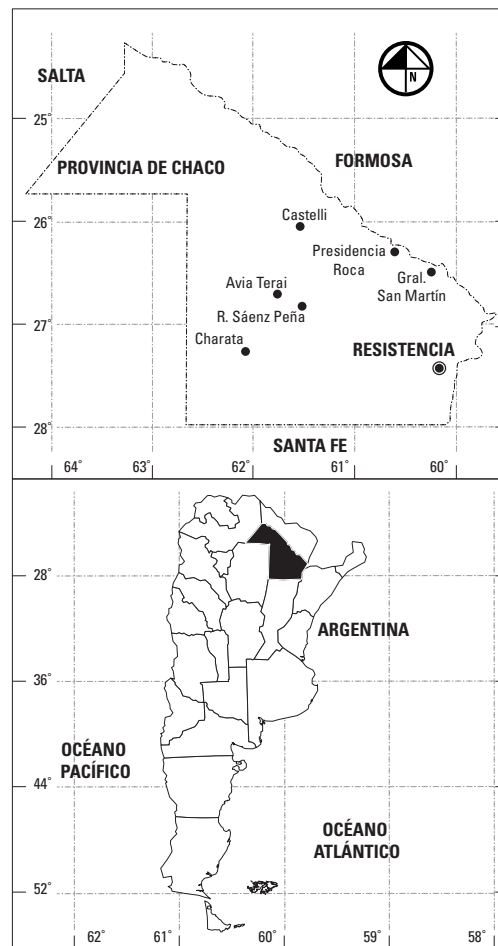


Figura 2. Localización de la ciudad de Resistencia. Fuente: Revista Geológica de Chile 2004.



Figura 3. Ciudad de Resistencia y su área de influencia. Fuente: Secretaría de Minería de la Nación. Imagen Landsat TM5, 2009.

siendo Resistencia, Barranqueras y Fontana de primera categoría, y Puerto Vilelas de segunda categoría.

Al localizarse en el valle aluvional del río Paraná, en épocas de grandes crecientes el río puede llegar a ocupar toda su área. Hoy una serie de murallas de tierra (terraplenes) y un dique de contención sobre el río Negro defienden la ciudad de este peligro.

El río Negro atraviesa completamente la ciudad en sentido noroeste-sudeste (figura 3), y se construyeron cuatro puentes en la ciudad para poder sortearlo. Además el río Negro tiene dos pequeños afluentes por su margen izquierda en Resistencia: el arroyo Ojeda y el arroyo Soto. En los tiempos en que el río Negro era una vía navegable, constituía un importante medio de comunicación con el resto de la provincia. El otro curso importante de agua que atravesaba Resistencia era el riacho Arazá, el cual discurría al sur de la ciudad en la misma dirección que el anterior; no obstante, el mismo fue entubado o directamente rellenado. La ausencia de este curso de agua trajo innumerables problemas para el natural escurrimiento de las aguas, lo cual fue en parte solucionado con el denominado *Canal sur* que corre en línea recta hacia el riacho Barranqueras, un brazo del Paraná.

Muchas de las lagunas existentes antes de la fundación de la ciudad fueron rellenadas; hoy quedan unas veinte en el área metropolitana. Entre ellas se puede destacar la laguna Argüello, que hoy es un parque a diez cuadras de la plaza central, y que puede alcanzar los 4 metros de profundidad. Estas lagunas de forma semilunar son en general tramos que el río Negro abandonó, es decir, paleocauces.

Distribución de los espacios estigmatizados en Resistencia

La distribución de los barrios estigmatizados (figura 4) evidencia una notable concentración hacia el sector este-sudeste de la ciudad, en donde predominan elevados niveles de frecuencia estadística⁴. Hacia el oeste los valores son en general mucho menores, aunque aparecen algunos barrios aislados con una frecuencia estadística considerable.

En el plano de la ciudad se han incorporado algunos de los topónimos de los barrios mencionados con

mayor frecuencia; son dos los casos emblemáticos (con frecuencias estadísticas superiores a cincuenta): el barrio Güiraldes, hacia el cuadrante sudeste, y Villa Prosperidad, hacia el nordeste.

Ambos barrios presentan muy distintos procesos de génesis y de configuración geo-histórica:

- El barrio Güiraldes es un barrio planificado que surgió en la década de 1970. Las unidades habitacionales consisten en torres de tres niveles cada una, con patios y sectores verdes compartidos, escaleras exteriores y pasillos que comunican las torres. Presenta hoy en día una infraestructura deteriorada por el paso del tiempo y por densidades de población sumamente elevadas.
- Villa Prosperidad constituye una entidad barrial cuya génesis fue espontánea, lo que se evidencia en el trazado de sus calles y en la misma expansión de las viviendas. Surge en la década de 1960 y 1970, y se considera una de las villas tradicionales de la ciudad. Sin duda la presencia de grandes extensiones de espacios lacustres, propios del sitio de la ciudad, ha condicionado las posibilidades de expansión del barrio y ha acarreado numerosos problemas, entre ellos inundaciones en épocas de lluvias intensas y presencia de basurales en las áreas más bajas de la villa.

Es notable cómo unidades de tan diferente origen y con situaciones habitacionales distintas padecen el mismo estigma y catalogación espacial. En este sentido los estudios de victimización mencionan diversos factores en la configuración de espacios de este tipo: “[...] condiciones personales (edad sexo, lugar de residencia, etc.), condiciones sociales (entorno, trabajo, etc.), redes de socialización y hábitos de vida, mayor o menor vulnerabilidad a los medios de comunicación de masas, entre otros” (Naredo 1998, 4).

A fin de profundizar acerca de los mecanismos del proceso de estigmatización y de sus factores condicionantes se seleccionó a Villa Prosperidad como caso de estudio. Esta elección fue motivada por diversas razones: por su ubicación cercana al macrocentro de la ciudad, por sus condiciones de edificación muy contrastadas, por la presencia de condicionantes de orden físico vinculados al sitio geográfico de su localización y, fundamentalmente, por la cantidad de relatos e imágenes, recogidos en las encuestas, que, en referencia a este barrio, esgrimieron los ciudadanos.

En el marco espacial mucho más acotado, representado por la villa, se implementaron técnicas que

4 La frecuencia estadística alude a la cantidad de veces que una unidad barrial es mencionada en las encuestas de percepción.

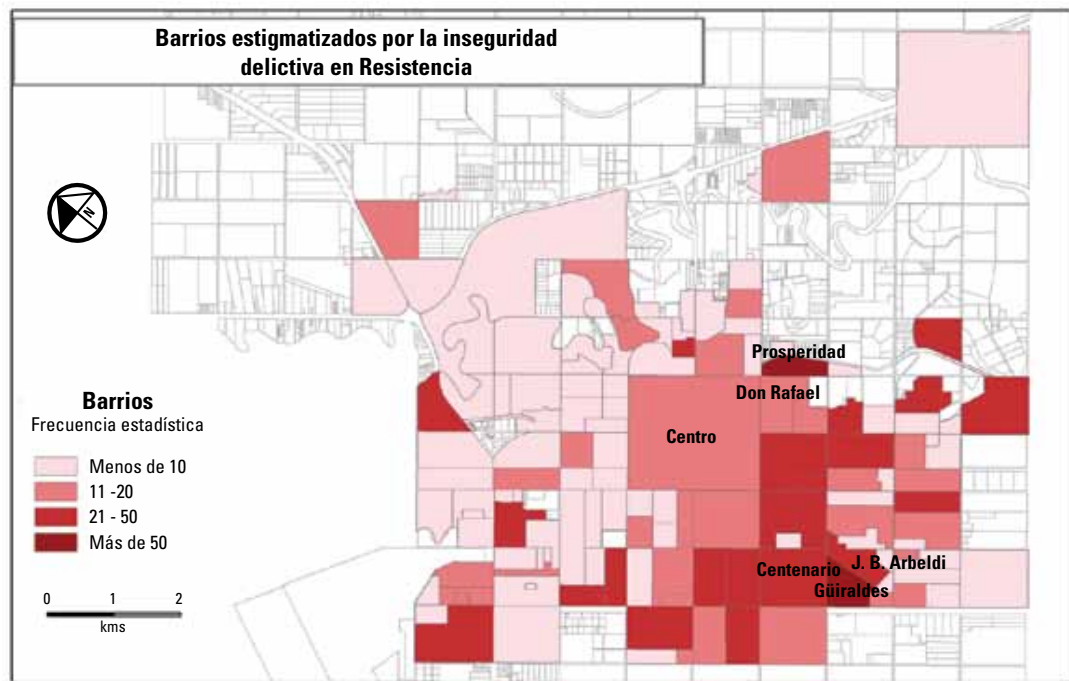


Figura 4. Plano de Resistencia con niveles de estigmatización delictiva por barrios.
Datos: Encuestas de percepción realizadas en el área metropolitana 2010.

dieran cuenta de los aspectos vivenciales del devenir cotidiano de sus residentes. En este sentido se realizaron historias de vida y entrevistas semiestructuradas a vecinos que han residido en el barrio por un largo período de tiempo, con el objetivo de indagar acerca de posibles síntomas de estigmatización secundaria en sus discursos y relatos, y, además, con el de elaborar una crónica geo-histórica del barrio que contemplara sus antecedentes y sucesos trascendentes. Por otro lado, se dialogó con el personal policial de la comisaría 8ª, responsable de la seguridad del barrio, a fin de que manifestaran el discurso y la óptica institucional referente a la villa.

Villa Prosperidad como espacio estigmatizado

Villa Prosperidad (figura 5) es uno de los asentamientos tradicionales de la ciudad. Su constitución como barrio se remonta a la década de 1960-1970, cuando surge de manera espontánea, con diversas carencias de infraestructura y defectuosamente vinculada al resto de la ciudad. Sus inicios estuvieron vinculados, en gran parte, con la crisis del cultivo del algodón y con la expulsión de población rural que encontró en Resistencia una posi-

bilidad de subsistencia. Según los relatos de los vecinos históricos del lugar, “las primeras viviendas precarias” fueron construidas en zonas bajas de cañadas y lagunas.

Las percepciones negativas del lugar se arraigaban cada vez más mediante la consolidación de nuevas viviendas precarias, el surgimiento de episodios delictuales y la presencia de jóvenes delincuentes, los cuales tenían su domicilio en el corazón de la villa. Según expresa una vecina: “al principio eran unas familias las que se dedicaban a robar, y estaban bien identificadas en el barrio, pero luego comenzaron a llegar más personas de mal vivir y comenzó a tener fama la villa” (Leonor Acosta, entrevista 2011).

El espacio además era despectivamente connotado por cuanto se situaba en un área periférica, siendo la avenida Paraguay —situada a varias cuadras antes del acceso sur del barrio— el límite simbólico entre lo seguro y lo inseguro.

Con el transcurrir del tiempo, su “fama” de peligrosidad fue aumentando y se convirtió en un núcleo espacial que imponía un cuidado y una alerta especial en el momento de circular por el mismo y que, en su versión más severa, se evitaba directamente transitar por él.

Oficialmente este barrio es custodiado por la seccional octava, la cual hasta el año 2001 se encontraba



Figura 5. Localización de Villa Prosperidad.

Fuente: Google Earth 2009.

ubicada en Villa San Martín, otra unidad barrial aledaña a Villa Prosperidad.

Las razones de este traslado son diversas, según lo manifestado por los efectivos policiales de la comisaría, entre ellas por “el hecho de que es una de las zonas de la ciudad en donde se realizan frecuentes operativos de búsqueda de personas responsables de delitos” (Oficial Gutiérrez, entrevista 2010), y, extraoficialmente, porque son catalogadas como un área de “aguantadero” de malhechores.

He aquí uno de los puntos, quizá más críticos, de la cuestión: la generalización de las “etiquetas”, que no solo se aplican a los verdaderos malhechores sino también a las personas trabajadoras residentes de este barrio, ciudadanos que, producto en gran medida del bajo costo de los terrenos, han encontrado allí su lugar. En diálogo con algunos residentes, una madre relataba que sus hijos siempre debían ir a la casa de sus amigos para realizar las tareas escolares o para estudiar, pues los padres de los mismos “no les permiten ir a la suya” (Sra. Carmen, entrevista 2011).

A su vez, es evidente la coexistencia de opiniones, de discursos antagónicos entre la estigmatización elaborada por los ciudadanos del resto de la ciudad y lo manifestado por los habitantes del barrio, quienes afirman que la Villa “no es tan insegura como se cree” (Sr. Carlos, Sra. Zulma y Sra. Carmen, entrevistas 2011).

La opinión de la mayoría de los vecinos coincide acerca del notable desconocimiento de la situación real del barrio por parte del resto de la ciudadanía de Resis-

tencia, quienes son presa de nociones “estereotipadas”, sin tener un conocimiento real de la zona. Aceptan que existen vecinos que se dedican a delinquir y que constantemente tienen problemas con la policía, pero —según los vecinos— ellos son una “minoría”, pues la inmensa mayoría “es gente trabajadora”.

En esta instancia se destaca otro de los puntos constituyentes del universo de los imaginarios urbanos: el desconocimiento real del espacio. Alberto del Campo Tejedor esboza que a “menor conocimiento y contacto de los ciudadanos, más estigmatizante era la imagen que se tenía de los barrios periféricos de Sevilla” (2003, 11); similar relación se observa con la variable distancia: a mayor lejanía física, más estereotipada y negativa era la opinión de los informantes. Entonces el imaginario o representación mental del espacio viene a llenar el vacío que deja la falta de conocimiento del mismo; viene a reemplazar las experiencias directas del individuo con su ciudad.

En tal sentido, es posible establecer dos polos imaginarios en torno al asunto: la realidad vivida por los residentes del barrio y la realidad construida a partir de los flujos inmateriales y los relatos que hablan de él. Esto significa la coexistencia de dos discursos antagónicos, simplificados tanto en la idea de normalidad, desde el punto de vista de los residentes, como en el concepto de aguantaderos de marginalidad, desde la visión del resto de la sociedad local.

Las causas de la estigmatización —siempre complejas—, como se ha mencionado más arriba, responden a

un sinfín de factores históricos, económicos políticos, e individuales, cuyo análisis proporciona las claves para comprender “la identidad deteriorada” —en palabras de Goffman (1963)— que sufren los vecinos de Villa Prosperidad.

Los factores decisivos hallados en la base de la estigmatización de nuestro caso particular integran el contexto espacial y socioeconómico:

- La propia ubicación física del barrio contribuyó enormemente a la estigmatización, pues se trata de un área signada por zonas lacustres, bajas e inundables, con presencia de basurales y de grandes espacios descampados. Hoy en día las edificaciones precarias de Villa Prosperidad siguen avanzando sobre las lagunas circundantes.
- Las precarias viviendas, junto con la deficiente infraestructura urbana y de servicios públicos (pues se trata de una villa espontánea, no planificada), contribuyeron a recrear la imagen de zona deteriorada degradada. Esto se vivió durante muchos años hasta la aparición del pavimento, que contribuyó a mejorar en parte las condiciones del barrio.
- Dado que se trata de terrenos de bajo valor económico, familias con poder adquisitivo disminuido se han ubicado en dicho lugar.

De este modo, la imagen profundamente estigmatizadora, y en cierta medida distorsionada, que nació y se desarrolló desde los mismos orígenes del barrio, ha sido mantenida y amplificada durante el transcurso de los años. Bandas de pequeños rateros han trascendido al escenario público, tal es el caso de “los ratitas de Villa Prosperidad”, que han ayudado a que esa imagen se afiance. La reciente inauguración del pavimento ha significado un gran avance frente a los factores que han ido modelando la estigmatización espacial, pero, no obstante, el estigma del barrio como una zona de delincuencia y drogadicción, de miseria y de suciedad (todavía hoy se perciben basurales cercanos a las unidades estigmatizadas) se mantiene y retroalimenta.

Algunas de las consecuencias más importantes en relación con estas imágenes espaciales distorsionadas halladas consisten en:

- Es un espacio evitado por la ciudadanía.
- Menor radicación de comercios y de otras casas de servicios varios, lo que provoca el consecuente traslado cotidiano de los residentes hacia otros barrios,

teniendo que transitar en algunos casos distancias considerables.

- Desvalorización de los terrenos e inmuebles contenidos en los límites geográficos de los sectores estigmatizados.
- Desmotivación de los residentes de los barrios, falta de inversión en las viviendas de las personas de ingresos medios.
- Dificultad en el ingreso al mercado laboral de las personas que viven en los sectores estigmatizados debido a su lugar de residencia.
- Discriminación sistemática, aislamiento.

Conclusiones

Como se ha visto, en la experiencia cotidiana, a veces conscientes, otras no, los ciudadanos interactúan con distintos sectores de la ciudad, con múltiples porciones urbanas que presentan diversas configuraciones históricas, que tienen particularidades que las distinguen del resto de sus semejantes. Son ejemplos de esto los famosos barrios étnicos de New York, en donde la coexistencia de barrios “chinos”, “italianos”, “judíos” y “negros” está asociada con la idiosincrasia de esas comunidades.

Los ciudadanos que residen en toda ciudad del mundo, atendiendo a su campo perceptual, interpretativo y “normalizado” del espacio, elaboran sectorizaciones diversas, entre ellas, las vinculadas a la inseguridad delictiva, en las que entran en litigio los sectores seguros e inseguros con aquellos que son neutros o valorados como espacios intermedios. En tal sentido puede avizorarse la trama oculta de la estigmatización, apropiadamente expuesta por Reguillo Cruz: “Los miedos son individualmente experimentados, socialmente construidos y culturalmente compartidos” (2006, 32). Incorpora así a su planteamiento tres componentes indisociables: el individuo, la sociedad, en su dimensión activa y modelante, y el tejido simbólico, que anuda la relación entre ellos.

El prometedor desarrollo teórico realizado por Alicia Lindón (2007b,) sitúa a los imaginarios urbanos como producto de la interacción social a partir de las experiencias vitales de los individuos:

Imaginarios son colectivos —son sociales, son compartidos socialmente— [...] se construyen a partir de discursos, de retóricas y prácticas sociales. Una vez construidos tienen la capacidad de influir y orientar las prácticas y los discursos, sin que ello implique que quedan

inmóviles [...]. Por eso producen efectos concretos sobre los sujetos, **efectos de realidad** [...] que son guías para la acción. (Lindón 2007b, 9-10)

Los imaginarios, las percepciones y las conductas nos permiten hallar y descifrar respuestas al porqué de las acciones de los sujetos sociales.

Las imágenes vinculadas a la inseguridad delictiva no surgen de modo repentino, sino que son el resultado de complejos procesos situados en el espacio, vinculados a la misma dinámica transformadora de la realidad citadina: “[...] los imaginarios no se configuran fuera de los contextos y procesos históricos, sino dentro de ellos. Por eso tampoco son inmutables” (Lindón 2007c, 37).

Es así como la legendaria idea de topofobia —expresada y estudiada por el geógrafo Yi-Fu Tuán (1974)— y la de prácticas limitadas por el miedo se han convertido en un elemento con categoría espacial, pasible de cartografiarse, y en factor limitante de la movilidad y de las intenciones de ocio y recreación.

Si bien son diversos los condicionantes que intervienen en la valoración de los espacios inseguros, sí es posible destacar la estrecha relación con la actividad delictiva de la ciudad (hechos concretos y tangibles), lo que desnuda las emociones de temor ciudadano. La ocurrencia de hechos delictuales y su mayor frecuencia son disparadores de una conciencia de vulnerabilidad social que pone en tela de juicio la idoneidad y la eficacia de los organismos responsables de estas áreas, y que a su vez retroalimenta y maximiza dicha sensación de vulnerabilidad primaria, lo que genera un ciclo de temor, pues la ausencia de los medios de control público agudiza la situación.

Otro de los universos actuantes que coadyuva en la cualificación espacial está integrado por los medios facilitadores de la ocurrencia de delitos: las formas o diseños urbanos, los niveles socioeconómicos, la transitabilidad de las calles, el efecto del pavimento —y su antípoda, expresada en la calle de tierra—, la luminosidad que presentan los bulevares y avenidas en contraposición con las calles barriales, el centro y la periferia. A su vez, no es menor el rol que los medios de comunicación desarrollan, fundamentalmente como catalizadores del fenómeno⁵.

5 Evidenciado en el hecho de que más del 60% de los ciudadanos encuestados señalan sectores peligrosos de la ciudad no por experiencias propias sino por haber escuchado de ellos por los medios de comunicación (televisión, radio y periódicos).

A los elementos del orden antrópico se le agregan las características físicas de los sitios: la presencia de lagunas y zonas bajas son la base generadora de basurales o sitios de depósito de residuos, que también se encuentran en lugares cercanos a cursos fluviales o en descampados.

Todo lo mencionado son solo algunos factores, de la infinidad existente, que configuran imaginarios de identidad degradada del espacio o *estigmatización espacial*.

Para hallar soluciones a esta problemática es necesario establecer diversas líneas de acción, entre las cuales se cuentan los esfuerzos dirigidos a responder cómo se consolida un estigma espacial y en qué proporciones intervienen los elementos determinantes del estigma.

La perdurabilidad en el tiempo de determinadas percepciones sobre una porción del espacio resulta, evidentemente, un factor excluyente, pero al parecer la cuestión sobrepasa los aspectos del campo perceptual para debatirse en otro nivel. En este sentido las expresiones de Rossana Reguillo Cruz sugieren otros niveles de análisis:

Dotar las percepciones de la inseguridad de un territorio significa una victoria, en cuanto confiere la ilusión de que controlar el lugar hace posible contener sus efectos desestabilizadores. Las relaciones entre territorio (emplazamiento) y seguridad/inseguridad develan los complejos mecanismos por medio de los cuales se elaboran los mapas subjetivos de la ciudad imaginada que repercuten fuertemente en la ciudad practicada. En esta articulación, el binomio territorio-seguridad, produce —para el actor urbano, las zonas de riesgo cero, y el del territorio— inseguridad, las zonas de alto riesgo. (2006, 36)

Según se interpreta, resultan necesarios los estigmas espaciales de la inseguridad, en el sentido de que delimitar su localización, definir sus fronteras y recluir las fuerzas que generan pánico en un lugar específico permite calmar ciertas ansiedades ciudadanas y adoptar actitudes normalizadas en la interacción cotidiana con el espacio urbano puesto que el establecimiento de puntos críticos en la ciudad contribuye a tomar los recaudos necesarios.

Por lo tanto, la convergencia de distintas fuerzas que modelan, configuran, reelaboran y construyen la complejidad de la ciudad como “fenómeno ecológico humano” es el principal arquitecto de las porciones urbanas inseguras a evitar, y, en términos macro-escalares, estas circunstancias no son más que manifestaciones

de la modernidad (llamada por Bauman “modernidad líquida” y “miedos líquidos”), que no repercuten de manera similar en las sociedades, puesto que es evidente que no resulta parecido hablar de peligrosidad e inseguridad en la ciudad de Luxemburgo, Puerto Príncipe, Buenos Aires, Río de Janeiro, Berlín o Bogotá; cada metrópoli partirá de una base diferente, determinada por la conjunción de aspectos de su devenir económico, político, histórico y cultural, que se manifiesta trascendental para deshilar el entramado imaginal de sus respectivos espacios.

La circulación inmaterial, enmarcada dentro de la expansión material de las urbes, incorpora un elemento imprescindible para mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, que quizás no se plasme en los indicadores sociodemográficos convencionales, pero que sí tiene gran trascendencia en el devenir cotidiano, en el día a día, en donde lo cercano se vuelve más lejano cuando las representaciones negativas tienen eco en las relaciones espaciales y sociales.

Es por ello que se hace necesario generar procesos deconstructivos, o más bien reconstructivos, de los estigmas espaciales, lo que en su implementación posibilitará la integración de los lugares negativamente estigmatizados, excluidos e invisibles a los ojos de los ciudadanos, permitiendo su inclusión en los flujos de circulación urbana y desechando las etiquetas de sus residentes.

Estos procesos solo podrán encontrar viabilidad en el contexto de un trabajo coordinado entre los diferentes actores sociales que, directa o indirectamente, están implicados en la generación de significados espaciales: en primer lugar, la comuna, en su calidad de administradora de la ciudad; los ciudadanos, en tanto crean y recrean los significados espaciales, y, fundamentalmente, los medios de comunicación (televisión, radio y prensa escrita), encargados de difundir y generalizar en mayor medida dichos significados.

Entrevistas*

Lista de entrevistas realizadas en trabajo de campo:

- Leonor Acosta, entrevista 2011.
- Oficial Gutiérrez, entrevista 2010.
- Sra. Carmen, entrevista 2011.
- Sr. Carlos, entrevista realizada en 2011.
- Sra. Zulma, entrevista realizada en 2011.

* Las entrevistas realizadas en trabajo de campo fueron en total 27 (veintisiete), distribuidas entre informantes clave, vecinos y la cúpula policial. Consistieron en entrevistas semiestructuradas, con el objetivo de identificar las representaciones de la inseguridad delictiva entre los actores barriales y de detectar rasgos de estigmatización secundaria. En esta ocasión, fueron seleccionadas 5 (cinco) entrevistas consideradas como representativas del total.

Oscar Luis Pyszczek

Profesor en Geografía de la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), Argentina. Becario interno del CONICET, periodo 2009-2014. Doctorando en Geografía en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Sus líneas de investigación van orientadas a la geografía de la inseguridad delictiva urbana, los espacios subjetivos y los espacios del miedo.

Referencias

- Asignación Estatal. 2010. *Tema 11. Definición de estereotipo*. <http://asignacionestatal.blogspot.com/2010/01/tema-11-definicion-de-estereotipo.html> (consultado en agosto del 2011).
- Augé, Marc. 1995. *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Zygmunt. 2007. *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich. 1998. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Del Campo Tejedor, Alberto. 2003. Investigar y deconstruir el estigma en barrios marginales. Un estudio de caso. En *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, eds. José Ignacio Homobono y Juan Antonio Rubio-Ardanaz, 24: 803-817. Donostia: Eusko Ikaskuntza. ISBN 84-8419-878-2.
- Enciclopedia libre. s.f. *Prejuicio*. <http://es.wikipedia.org/wiki/Prejuicio> (consultado en agosto del 2011).
- Giddens, Anthony. 1993. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Goffman, Erving. 1963. *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu.
- Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón. 2006. *Tratado de geografía humana*. Barcelona: Anthropos, México: UAMM.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). 2001. *Censo nacional de población, hogares y viviendas del año 2001*. <http://www.indec.gov.ar/>
- Kessler, Gabriel. 2006. *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lindón, Alicia. 2002. La construcción social del territorio y los modos de vida en la periferia metropolitana. *Territorios* 7: 27-42. Bogotá.
- Lindón, Alicia. 2007a. El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas. *Revista de Geografía Norte Grande* 37: 5-21. ISSN 0718-3402.
- Lindón, Alicia. 2007b. La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos. *Eure* (Santiago) 33 (99): 7-16. ISSN 0250-7161.
- Lindón, Alicia. 2007c. Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. *Eure* (Santiago) 33 (99): 31-46. ISSN 0250-7161.
- López, Marcelino; Margarita Laviana; Luis Fernández; Andrés López; Ana María Rodríguez y Almudena Aparicio. 2008. La lucha contra el estigma y la discriminación en salud mental. Una estrategia compleja basada en la información disponible. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 28 (101): 43-83. ISSN 0211-5735.
- Martín-Barbero, Jesús. 2000. La ciudad: entre medios y miedos. En *Ciudadanías del miedo*, ed. Susana Rotker, 29-35. Venezuela: Nueva Sociedad.
- Mayol, Pierre. 1999. *Habitar*. En *La invención de lo cotidiano II*. Guadalajara: Universidad Iberoamericana-ITESO.
- Muscar Benasayag, Eduardo F. y Teresa Franchini. 1992. Emplazamientos urbanos en zonas de riesgos naturales: El caso del Gran Resistencia en la planicie chaqueña. En *Estudios Geográficos. C.S.I.C. Centro de Investigaciones sobre la Economía, la Sociedad y el Medio (C.I.E.S.M.)* 53 (208) julio-septiembre: 481-501. Madrid.
- Naredo, María. 1998. Seguridad y ciudadanía, necesidad de un pacto de convivencia. Ponencia presentada en la Jornada "Ciudades más seguras", 5 de octubre de 1998. Madrid: Ministerio de Fomento.
- Ortega Varcárcel, José. 2004. La geografía para el siglo XXI. En *Geografía humana: procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*, coord. Juan Romero, 25-53. España: Ariel.
- Raiter, Alejandro. 2002. *Representaciones sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Reguillo Cruz, Rossana. 2006. Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros. En *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*, eds. José Miguel Pereira y Mirla Villadiego. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- Rodríguez, Jorge y Camilo Arriagada. 2004. Segregación Residencial en la ciudad latinoamericana. *Eure* (Santiago) 30 (89): 5-24. ISSN 0250-7161.
- Rotker, Susana. 2000. Ciudades escritas por la violencia (a modo de introducción). En *Ciudadanías del miedo*, ed. Susana Rotker. Caracas: Nueva Sociedad.
- Santarrelli, Silvia y Marta Campos. 2002. *Corrientes epistemológicas. Metodología y prácticas en geografía. Propuestas de estudio en el espacio local*. Argentina: Departamento de Economía, Universidad Nacional del Sur -Bahía Blanca.
- Sanz, Felipe Hernando. 2006. Eclecticismo y diversidad en la geografía del crimen y la delincuencia. *Anales de Geografía*, Universidad Complutense 26: 9-30.
- Segura, Ramiro. 2009. Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de la Plata. En *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura y Sociedad* 8 (8): 59-91.
- Tuan, Yi-Fu. 1974. *Topofilia*. España: Melusina.
- Zurita, Alfredo E.; Alfredo A. Carlini; Gustavo J. Scillatoyané y Eduardo P. Tonni. 2004. Mamíferos extintos del Cuaternario de la provincia del Chaco (Argentina) y su relación con aquellos del este de la región pampeana y de Chile. *Revista Geológica de Chile* 31(1): 65-87.
- Zygmunt, Bauman. 2007. *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Trad. Albino Santos Mosquera. Barcelona: Paidós.